



BIBLIOTECA

DC38
H 4
V.6

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



Revista militar en el Carrousel, dibujo de Marold.

HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO

POR M. ADOLFO THIERS

PRÓLOGO

Al cabo de quince años de asiduo trabajo, he terminado la *Historia del Consulado y del Imperio*, que empecé en 1840.

En tan largo tiempo, sólo cuando los acontecimientos políticos me han obligado á salir de Francia he dejado de trabajar en la obra difícil que había emprendido. Creo que pueda escribirse más aprisa; pero es tanto mi respeto por la misión de la historia, que el solo temor de asegurar un hecho inexacto me confunde y no sosiego hasta que descubro las pruebas, que trato de averiguar por todos los medios posibles; y sólo estoy tranquilo cuando me he convencido de que no existe, y como entonces me veo precisado á decidir como un jurado, hablo según mi íntima convicción, pero siempre con el temor de engañarme, porque en mi opinión, nada es más censurable cuando se ha impuesto uno espontáneamente la misión de decir la verdad sobre los grandes acontecimientos históricos, ni hay disculpa ni razón que enseñe á desfigurarlos por debilidad, alterarlos por pasiones, omitirlos por negligencia, y mentir, á sabiendas ó no, á su siglo y á los venideros.

Bajo el dominio de estos escrúpulos, he leído, releído y anotado los numerosos documentos de los archivos del Estado, las treinta mil cartas de que se compone la correspondencia de Napoleón, las no menos numerosas de los ministros, de sus generales y ayudantes y hasta de los agentes de su policía, y en fin, la mayor parte de las memorias manuscritas que se reservan en las familias; y debo confesarlo sinceramente: en todas partes, en todos los gobiernos (pues ha habido tres desde que

empecé esta obra) he encontrado igual facilidad, igual prodigalidad en proporcionarme los documentos que necesitaba, y bajo el mando del sobrino de Napoleón nunca se me han negado los secretos de la policía imperial, y lo mismo durante la república y la monarquía constitucional; de este modo creo haber llegado á comprender y á reproducir, no esa verdad convencional que á menudo crean las generaciones contemporáneas, transmitiéndola como la verdad auténtica á las generaciones futuras, sino la verdad de los acontecimientos mismos, que sólo se halla en los documentos del gobierno y particularmente en la correspondencia de los grandes personajes. De este modo he tardado á veces un año en preparar un tomo que he escrito en dos meses, haciendo esperar al público, que se dignaba dar alguna importancia al resultado de mis trabajos.

Debo confesar que á semejante desconfianza se ha unido el deseo de estudiar á fondo, como había sido posible, en una de las épocas más agitadas de la humanidad, el renovar tantos hombres, tanto numerario y tantos intereses. Los secretarios de la Administración, de la Hacienda y de la Guerra me han seducido y cautivado, creyendo que esta parte de la historia sería digna, para las personas juiciosas, de tanta atención como la parte dramática. Creo que la censura y el elogio para las grandes operaciones son vanas declamaciones, si no se fundan en una exposición razonada, positiva y clara, del modo como estas mismas grandes operaciones se han verificado.

Extasiarse, por ejemplo, ante el paso de los Alpes, y



para que el lector participe de este entusiasmo acumular palabras prodigando *aquí las rocas, aquí las nieves*, es un juego pueril y hasta fastidioso para los lectores. Nada más grave, interesante y á propósito para excitar la verdadera admiración de los lectores, que el exponer exacta y completamente las cosas todas como han sucedido. El recorrer tantas leguas al través de las montañas, el transportar tantos cañones y tantas municiones, sin caminos, por alturas prodigiosas, en medio de espantosos precipicios donde para nada sirven los animales y donde sólo el hombre conserva sus fuerzas y su voluntad, dicho todo sencillamente, con los detalles necesarios, sin particularidades inútiles, me parece que es el verdadero modo de referir empresas tales como el paso del San Bernardo. Cuando después de una exposición rápida y completa de los hechos se escapa una exclamación al narrador, penetra el alma del lector porque ya se ha producido en él, y no hace más que responder al grito de su propia admiración.

Tales son las causas de la lentitud con que se ha compuesto esta historia y de la extensión de mis narraciones; con este motivo diré sobre la historia y el modo de escribirla algunas palabras inspiradas por la larga práctica de este arte y por el profundo respeto que tengo á su alta dignidad.

Creo que no hay nada superior en las obras del talento humano á la grande poesía; pero también hay épocas más á propósito para disfrutarla que para producirla. Creo que nunca Homero y el Dante, por ejemplo, se hayan comprendido más vivamente que en nuestra época, que ha sido á la vez tan profundamente erudita y tan profundamente conmovida; y sin embargo, aunque hayamos tenido poetas y pintores notables, no se ha reproducido en esa poesía cándida y enérgica de la Florencia del siglo décimotercio, ó de la primitiva Grecia. Las sociedades tienen sus edades como los individuos, y cada edad tiene sus ocupaciones particulares; y siempre se ha considerado la historia como la ocupación que más especialmente conviene á la nuestra. Aún somos sensibles á los grandes hechos, y en todo caso nuestro siglo bastaría para darnosla, y ya hemos adquirido la experiencia que permite apreciarlos y juzgarlos.

Desde mi juventud me entregué con confianza á los trabajos históricos, seguro de que era lo que nuestra época tenía más propósito para verificar. He consagrado á la historia treinta años, y aun viviendo en medio de los negocios públicos nunca la he abandonado. Al ver vacilantes los tronos en el seno de las asambleas conmovidas por la voz de poderosos tribunos, ó amenazadas por la multitud, siempre he tenido un momento para reflexionar; y no veía tal ó cual personaje pasajero con uno de los nombres de nuestra época, sino las eternas figuras de todos los tiempos y de todas las épocas, que en Atenas, Roma y Florencia obraron en otras épocas parecidas á las que veía moverse ante mí.

Me encontraba menos irritado y perturbado, porque no me hallaba tan sorprendido, y porque asistía, no á la escena de un día, sino á la eterna escena que Dios erigió al crear los hombres con sus pasiones grandes ó pequeñas, bajas ó generosas: el hombre siempre semejante á sí mismo, y siempre agitado, siempre conducido por leyes tan profundas como inmutables.

Mi vida me atrevo á decir que ha sido un largo y

continuado estudio histórico; y si se exceptúan esos movimientos bruscos en que la acción nos aturde ó en que el torrente de los acontecimientos nos arrastra hasta el punto de no dejarnos discernir sus límites, casi siempre he observado lo que sucedía á mi alrededor, refiriéndolo á lo que había pasado antes, para buscar lo que hubiese de diferente ó semejante. Tan larga comparación creo es el verdadero medio de preparar el espíritu para la ejecución de esa epopeya de la historia que no se halla condenada á decolorarse, porque es cierta y positiva, porque el hombre real que unas veces se llama Alejandro, otras Aníbal, César, Carlomagno, Napoleón, tiene su poesía aunque diferente, como el hombre ficticio, Aquiles, Eneas, Orlando, etc.

La asidua observación de los hombres y los sucesos, ó como dicen los pintores, la observación de la naturaleza, no basta; se necesita cierto don particular para escribir bien la historia. ¿Cuál es pues? ¿Será acaso el talento, la imaginación, la crítica, el arte de componer, el talento de describir? Muy de desear sería el tener tantos dones á la vez, y la historia donde se manifieste una de estas raras cualidades es una obra apreciable y grandemente apreciada por las futuras generaciones. Hay no sólo uno, sino veinte modos de escribir la historia; pues puede escribirse como Tucídides, Xenofonte, Polibio, Tito Livio, Salustio, César, Tácito, Commines, Guichardini, Maquiavelo, San Simón, Federico el Grande, Napoleón, y que esté superiormente aunque muy diversamente escrita. Sólo deseo el haberlo hecho como el menos eminente de estos historiadores, para estar seguro de haberlo hecho bien, dejando tras mí un recuerdo de mi efímera existencia. Cada uno de ellos tiene su cualidad notable y característica; el uno refiere con tal abundancia que seduce; otro narra sin orden, como á saltos, pero al paso traza algunas figuras que no se borran jamás de la memoria de los hombres; otro en fin, menos abundante, ó menos hábil en pintar, pero más tranquilo, más discreto, lo penetra todo con una sola ojeada á la que nada escapa en la profundidad de los sucesos humanos, presentándolos con eterna claridad: de cualquier modo, repito que hacen bien; pero sin embargo, ¿no hay una cualidad esencial preferible á todas las demás, que deba distinguir al historiador y que constituya su verdadera superioridad? Lo creo, y en mi opinión esta cualidad es la inteligencia.

Doy á esta palabra su acepción vulgar; y aplicándola sólo á los asuntos más diversos, procuraré hacerme entender. Frecuentemente notamos en un niño, en un obrero, un hombre de Estado, algo que al principio no calificamos de talento porque falta el brillo, pero que llamamos inteligencia, porque el que parece dotado de ella comprende al momento lo que se le dice, ve y entiende con sólo media palabra; comprende, si es niño, lo que se le enseña; si obrero, la obra que se le manda ejecutar; y si es hombre de Estado, los acontecimientos, sus causas, sus consecuencias; adivina los caracteres, los instintos, la conducta que debe esperarse, y no se sorprende ni embaraza por nada, aunque por lo general se affige de todo.

Esto es lo que se llama inteligencia; y á poco, en la práctica, esta sola cualidad que no trata de producir efecto, es más útil en la vida que todas las dotes del espíritu, excepto el talento, que en último resultado no

es más que la inteligencia misma, pero dotada de brillo, fuerza, extensión y prontitud.

Esta cualidad, aplicada á los grandes objetos de la historia, es en mi opinión la cualidad esencial del narrador y la que, cuando existe, trae bien pronto en pos de sí las demás, siempre que al don de la naturaleza se una la experiencia nacida de la práctica. En efecto, con lo que yo llamo la inteligencia se separa bien lo verdadero de lo falso, no se deja uno engañar por las vanas tradiciones ó los rumores falsos de la historia; en una palabra, se posee la crítica, se aprecia bien el carácter de los hombres y las épocas, no se exagera nada, no se hace nada ni muy grande ni muy pequeño, dando á cada personaje sus verdaderas facciones; separamos los afeites, que de todos los adornos son los que peor sientan á la historia; retratamos exactamente, entramos en los resortes secretos de las cosas comprendiendo y haciendo comprender cómo se han verificado diplomacia, administración, guerra, marina; todos estos objetos tan diversos los ponemos al alcance de todos, porque hemos sabido comprenderlos en su generalidad inteligible á todos; y cuando hemos llegado de este modo á apoderarnos de los infinitos elementos de que debe componerse una narración, el orden en que debemos presentarlos se halla en el mismo encadenamiento de los sucesos, porque aquel que ha sabido comprender el lazo misterioso que los une, el modo cómo se han engendrado los unos á los otros, ha descubierto el orden de la narración más hermoso, porque es el más natural; y si además no es insensible ante las grandes escenas de la vida de las naciones, precisamente mezcla el todo, lo hace suceder con soltura y viveza, deja al río del tiempo su fluidez, su poder y su misma gracia, sin forzar ninguno de sus movimientos, sin alterar ninguno de sus felices contornos; y en fin, por última y suprema condición, es equitativo, porque no hay nada que tanto calme y abata las pasiones como el profundo conocimiento de los hombres.

No diré que sea necesario deponer toda severidad, porque esto sería una desgracia; pero cuando se conoce la humanidad y sus debilidades, cuando se sabe lo que la domina y arrastra, sin odiar menos el mal, y sin amar menos el bien, se tiene más indulgencia para el hombre humano, y no se adora menos al que, á pesar de tan bajas atracciones, ha sabido mantener su corazón al nivel del bien, de lo bello y de lo grande.

Por consiguiente, la inteligencia es, según mi opinión, aquella dichosa facultad que en historia enseña á discernir lo verdadero de lo falso, pintando los hombres en justicia, esclareciendo los secretos de la política y la guerra, narrando con un orden luminoso, siendo equitativo: en una palabra, siendo narrador, y, me atrevo á decirlo, casi sin arte; el talento penetrante que yo imagino, no tiene más que ceder á esa necesidad de contar que frecuentemente se apodera de nosotros y nos impele á referir á los otros los sucesos que nos han impresionado, para producir obras maestras. Entre los mil ejemplos que pudiera citar, sólo me permitiré hablar de dos: Guichardini y Federico el Grande.

Guichardini nunca pensó en escribir, y no había estudiado el modo de escribir la historia. Toda su vida obró como diplomático y administrador, y una ó dos veces como militar; pero era un talento de los más pe-

netrantes que han existido, particularmente en los negocios políticos. Era de carácter triste por temperamento y por saciedad de la vida; no sabiendo en qué ocuparse en su retiro, escribió los anales de su tiempo, de los que una parte pasó en su época, haciéndolo con tal amplitud de narración, con pincel tan vigoroso y tan profundo juicio, que colocan su historia entre los bellos monumentos del talento humano. Su frase es larga, embarazada á veces, un poco pesada, y, sin embargo, marcha como una persona viva caminaria aprisa aun con malas piernas; conoce profundamente la naturaleza humana y traza todos los personajes de su siglo, retratos eternos, porque son verdaderos, sencillos y vigorosos, añadiendo á todos estos méritos el tono triste de un hombre fatigado de las innumerables miserias á que habrá asistido; demasiado triste en mi opinión, porque la historia debe permanecer tranquila y serena, pero no porque como en la sombría sociedad de Tácito se sienta la tristeza del hombre honrado.

El Gran Federico, que nunca estuvo triste, amaba apasionadamente la literatura, y sin duda es uno de los rasgos más notables de su carácter esta pasión que le sostuvo en los momentos desesperados, donde muchas veces parecía iba á hundirse toda la fortuna. En la noche de las batallas perdidas, se consolaba escribiendo malos versos, no malos por el pensamiento, pues á cada momento encontramos ideas profundas, ingeniosas, picantes, sino malos por la forma, porque en poesía no puede prescindirse de la forma, de la corrección, de la armonía y la gracia. El pensamiento sin el arte no es nada en poesía. No era esto todo lo que faltaba al Gran Federico para componer libros: como la práctica de las letras no había sido nunca su ocupación, siendo sólo su recreo, nunca había hecho más que algunas poesías, algunos folletos ó sátiras; de modo que el arte de construir un libro le era enteramente desconocido, tanto como el escribir correctamente. Sin embargo, en la historia que nos ha dejado de su familia y de su propio reinado, al exponer las tramas sutiles de su diplomacia, las profundas combinaciones de su talento militar, juntando las vicisitudes de cerca de cincuenta años, las indecibles alternativas de la política, en una época en que las mujeres gobernaban los reinos y los filósofos los espíritus; en fin, las continuas alternativas de una guerra en que, frecuentemente vencido ó victorioso, pero siempre lleno de gloria, veíase á cada momento en vísperas de perecer bajo el odio de tres mujeres y el peso de tres grandes naciones; este hombre singular hizo en mal francés y en estilo raro un cuadro sencillo, animado y casi completamente cierto de tan ansiosa época, grande solamente para él y algunos escritores franceses. Tan mal autor escribe suficientemente bien; componer no sabía sino sencillamente, con orden é interés, trazando los caracteres con mano maestra, y sería un juez superior si tuviese la equidad y la dignidad de un juez. Pero, desgraciadamente, á la licencia de su época se unía la de su genio, despreciando los reyes que había humillado, los generales á quienes había vencido, los ministros á quienes había engañado, sin complacerse más que en la sociedad de literatos, que muchas veces le hacían reír con su vanidad; gozándose en parecer peor de lo que era él y los otros, intemperante y cínico, dió á la historia el tono de la burla, pero aumentándola, imprimiéndola el

carácter de la más profunda inteligencia y del mayor criterio que jamás se ha visto. Nada diré de César, que fué uno de los escritores más ejercitados de su siglo, ni de Napoleón, porque llegó á serlo. Pero los ejemplos que acabo de citar bastan para demostrar mi pensamiento, y para probar que cualquiera que tenga la inteligencia de los hombres y las cosas tendrá el verdadero talento de la historia.

Podrá decirse: el arte no sirve para nada y la inteligencia basta para todo. Cualquiera que sólo tenga esa comprensión, ¿sabrà componer, pintar, narrar, en fin, con todas las condiciones de la verdadera historia? Yo diría que sí, si no fuese necesario restringir aserción tan absoluta. Comprender es casi todo, y, sin embargo, no es todo; se necesita además cierto arte de componer, de pintar, de tratar los colores, distribuir la luz, y cierto talento de escritor, porque como hay que servirse de un idioma, sea cual fuere, para referir los sucesos del mundo, hay por lo tanto que unir á la inteligencia la experiencia, el cálculo, esto es, el arte.

Por tanto, como el hombre es un ser finito, es preciso casi hacer entrar lo infinito en su espíritu. Los sucesos que hay que exponer pasan muchas veces en mil sitios diversos, no sólo en Francia, si el teatro de vuestra historia es en Francia, sino también en Alemania, en Rusia, en España, en América y aun en la India; y sin embargo, al referir todos estos sucesos, tanto el que los cuenta como el que los refiere no pueden estar más que en un punto á la vez. El Gran Federico se bate en Bohemia, pero al mismo tiempo se pelea en Turingia, en la Westfalia y en Polonia. En el campo de batalla donde él lo dirige todo, mientras él pelea en el ala izquierda, también se batan en el ala derecha, en el centro y en todas partes; y aun cuando se haya logrado comprender el lazo general que une entre sí los sucesos, se necesita cierto arte para pasar del uno al otro, para unir convenientemente los hechos secundarios que hubo necesidad de descuidar por el hecho principal: siendo preciso correr sin cesar á derecha, á izquierda, atrás, sin que languidezca la acción, sin omitir nada; porque la omisión de sucesos constituye una falta, no sólo contra la exactitud material, sino contra la verdad natural, porque raro es que omitido un hecho, por pequeño que sea, no haga falta en la textura general como causa ó como efecto. Y á pesar de todo, hay necesidad de contemplar ese ser finito que os escucha y que aspira siempre á lo infinito; ese ser curioso que quiere saberlo todo, sin tener la paciencia de aprenderlo. Sépalo yo todo sin que tenga que forzar mi atención.

Tal es el lector, tal es el hombre, ¡tales somos todos!

Por tanto, es necesario cierto arte para la disposición de la escena, para el cual se necesita experiencia, cálculo, ciencia y la costumbre de las proporciones. Y aun no basta esto; es preciso saber pintar, describir, se necesita saber escoger en un carácter el rasgo sobresaliente que constituye su fisonomía, y en una escena la circunstancia principal que forma la imagen; hay que distribuir el color con mesura, con justa graduación, sin prodigarlo hasta el extremo, sin que falte para las partes que han de estar frecuentemente coloreadas. Y como el instrumento con que todo esto se hace es la lengua, hay que saber escribir con la dignidad elegante y grave que conviene á las grandes cosas, tanto como á las pequeñas,

diciendo unas cosas con elevación y otras con soltura, exactitud y claridad. Confieso que todo esto es arte y á veces del más refinado, y por consiguiente se necesita unir á la inteligencia perfecta de los objetos cierta costumbre de manejarlos y disponerlos, manifestándolos en sus detalles con orden sabio y fácil, noble y sencillo, penetrando en todo, unas veces arrastrándose en la sangre de los campos de batalla, otras penetrando en los gabinetes de la diplomacia, siendo preciso ir algunas veces hasta el tocador de la coqueta para encontrar el secreto de los Estados, y en fin, hasta en las fangosas calles, donde se agita la loca y furiosa demagogia.

Al confesar que el arte debe añadirse á la inteligencia, debo decir por qué la inteligencia, tal como la he definido, conseguirá más que ninguna otra facultad en este arte tan complicado. (De todas las producciones del espíritu, la más pura, la más casta, la más severa, alta y humilde á la vez, es la historia; Musa soberbia, perspicaz y modesta, que necesita vestirse sin adornos.)

Sin duda que necesita arte; pero si es demasiado, si se le descubre, desaparece la verdad y la dignidad, porque esta sencilla y noble criatura ha querido engañaros, y desde entonces la confianza en ella se pierde completamente. Aun cuando se exagere el temor en la escena trágica, la risa en la cómica, y en la epopeya, la oda y el idilio se engrandezca y embellezca á los personajes; aunque sean guerreros siempre intrépidos, pastoras siempre hermosas; en una palabra, se engañe un poco en estas artes, llamadas todas artes de la ficción, nadie puede llamarse engañado, porque todos están advertidos; y aun aconsejaría á los autores de ficciones que permanezcan verídicos, aunque estén dispensados de ser exactos.

Pero es una cosa intolerable mentir en el fondo, en la forma y en el colorido tratándose de historia. Porque la historia no dice: «Hay una ficción», sino «Soy la verdad.» Si un padre sabio, grave y querido de sus hijos, queriendo instruirlos, los reuniese y les dijese: «Voy á contaros lo que mi abuelo y mi padre hicieron y lo que yo he hecho para hacer la fortuna de nuestra familia; voy á contaros sus buenas acciones, sus faltas, sus errores; en fin, todo, para ilustraros y prevenirnos á imitarlos, jóvenes, y poneros en el camino de la dicha y el honor», ¿comprenderéis que este padre á quien se escucha con religioso silencio, trastorne sus narraciones, las altere á sabiendas, dando á sus queridos hijos ideas falsas sobre los negocios, las penas y los placeres de la vida?

La historia representa al padre instruyendo á sus hijos; y después de esta definición, ¿será posible figurárnosla vana, exagerada, disfrazada y declamatoria? Yo tolero todo en todas las artes, pero la menor pretensión por parte de la historia me desagrada. En la historia todo ha de ser la composición, el drama, el estilo, verdadero, sencillo y sobrio. Por consiguiente, en todos los géneros de talento el que mejor conviene á la historia para conservar tan preciosas cualidades, es aquel profundamente inteligente que ve las cosas como son, con exactitud, y quiere expresarlas como las ha visto.

La completa inteligencia de las cosas da á conocer su belleza natural, haciendo amarlas hasta el punto de no querer añadirles ni quitarles nada, buscando exclusivamente la perfección del arte en su exacta reproducción: para que se me comprenda mejor, séame permitida una comparación.

Rafael creó cuadros de invención, en particular santas familias y retratos. Los jueces más escrupulosos se hallan perplejos para deducir cuál es el mejor de los retratos ó de las santas familias; no diré que con el tiempo sería quien osara decidir entre obras tan divinas; pero con el tiempo llegan á no admitir inferioridad alguna entre ellas, y las vírgenes más admiradas de Rafael no llegan á sobrepujar á sus retratos, porque la poesía de los unos no borra la noble realidad de los otros. Pero ¿cómo pudo Rafael llegar á producir, por ejemplo, el sorprendente retrato de León X, una de las obras más perfectas que hayan producido manos humanas (1)? Cuando quería pintar una virgen, este gran talento buscaba en los tesoros de su imaginación las facciones más puras que hubiese visto, y perfeccionándolas aún, añadía su propia gracia, que brotaba de su alma, creando esas cabezas encantadoras que no se olvidan nunca cuando se han visto una vez. Pero, al contrario, cuando quería hacer un retrato, comenzaba á combinar, á depurar; en una palabra, á imitar. En la figura de un anciano Príncipe de la Iglesia, con la nariz colorada, deforme, la cara sensual, los ojos pequeños, penetrantes, no ve nada feo ni repugnante; sólo busca la naturaleza, admirándola en su realidad, no cambiando nada, y sin poner suyo más que la corrección del dibujo, la variedad del colorido, la armonía de la luz, encontrando estos méritos en la buena observación de la naturaleza, porque hasta en la fealdad misma siempre se la halla correcta en el dibujo, hermosa en el colorido, admirable en las luces.

La historia es el retrato, como las vírgenes de Rafael son la poesía; pero á la manera que llegamos á un retrato de Rafael, apasionándose de la naturaleza y de las bellezas de la realidad, esforzándose en hacerlas tales como son, se llegará á la grande historia, observando los sucesos y contemplándolos como un pintor contempla la naturaleza y la admira en un rostro feo, buscando el efecto sólo en la verdad de la reproducción.

La historia tiene su parte pintoresca como la pintura, y lo pintoresco se halla en los hombres y en los sucesos exacta y profundamente observados. Véase nuestra historia; por ejemplo, Enrique IV, Luis XIII, Luis XIV, Luis XV; véanse sus maestros, sus queridas y sus confesores, Richelieu, Mazarino, Louvois, Colbert, Choiseul, madamas de Montespan, de Maintenón, de Pompadour, Letellier, Fleury, DuBois; y de estos personajes poderosos, graciosos, débiles ó feos, pasemos á los héroes, como el fogoso Condé, el sabio Turena, el feliz Villars, como la posteridad los llama; de estos héroes gobernados, pasemos á los héroes gobernantes, Federico y Napoleón: contemplemos esas figuras como retratos colgados en el Louvre de la historia, observando cómo son con su grandeza, su miseria, su seducción y su antipatía; ¿no experimentaremos una especie de estremecimiento al ver esas figuras tales como Dios las hizo, como cuando encontramos un retrato de Rafael, del Ticiano ó Velázquez? ¿Conocéis cuánto hay de pintoresco bajo esas fisonomías verdaderas, sublimes algunas veces, otras raras y hasta groseras? Acaso Enrique IV, con su profundo talento, su valor caballeresco

(1) Se halla en el palacio Pitti en Florencia.

y calculado, su gracia, su bondad, su astucia y sus apetitos sensuales; Luis XIII, con su torpe timidez, su valor, su sumisión y su rebeldía contra el poderoso ministro á quien debía la gloria de su reinado; Luis XIV, con su vanidad, su buen genio y su grandeza; Luis XV, con aquel egoísmo que se aturdiría en cegarse; y Richelieu, con su genio implacable; Mazarino, con su presencia y disimulación; Condé, con su ímpetu iluminado por la inteligencia; Turena, con su prudencia; Villars, con su gran talento para escoger la ocasión oportuna; Federico, con su genio arrogante; Napoleón, aquel talento de Titán, que quiere escalar el cielo, ¿no tienen una belleza histórica á la que sería un crimen tocar, añadir ó quitar un rasgo? ¿Qué es necesario para expresarlos? Sólo comprenderlos; y cuando se han comprendido, no hay más pasión que estudiarlos bien para reproducirlos tales como son; y habiéndolos estudiado bien, estudiarlos aún para asegurarse que no se ha olvidado ninguna arruga de la desgracia, del tiempo ó de las pasiones, que acabe la verdad del retrato.

La profunda inteligencia de las cosas es la que conduce á ese idolatrado amor de la verdad, que los pintores y los escultores llaman amor de la naturaleza, y entonces no quiere cambiarse nada, porque no se juzga nada superior á ella; en poesía se escoge, pero no se cambia la naturaleza; en la historia no hay el mismo derecho de escoger, sólo hay el derecho de ordenar. Si en poesía es preciso ser verdadero, aún más se necesita serlo en historia; ¿queréis ser interesantes, dramáticos, profundos, trazar grandes retratos que se destaquen de vuestra narración como de un fondo grabándose en la memoria, ó escenas que conmuevan? Pues tened por cierto que no seréis nada de lo que queréis ser, porque la narración será pesada, las escenas exageradas y los retratos puras academias. ¿Y sabéis por qué? Porque estaréis preocupados con la idea de ser dramáticos ó pintorescos. Por el contrario, no tengáis más deseo que el de ser exactos, estudiando bien el tiempo, los personajes que le han llenado, sus cualidades, sus vicios y sus altercados, las causas que los dividen, y esforzaos en expresarlo todo sencillamente. Cuando habléis de un personaje, pintadle de modo que hagáis sobresalir el papel de su carácter, pero sin complaceros en la descripción; y si los personajes tuvieren entre sí violentos altercados, referid solamente lo necesario para hacer comprender los motivos, el sentido de sus divisiones, los inconvenientes de sus caracteres, sin deteneros en componer tragedias: seguido como el mundo; si hay detalles técnicos, dadlos por lo material de las cosas humanas que no pueden omitirse, porque en la realidad no todo es dramático, sino las explosiones de la pasión y las estocadas; hay las situaciones violentas que preceden á las grandes crisis; hay la reunión de hombres, de dinero y material que precede á los grandes encuentros de la guerra; y es preciso que todo tenga su lugar y su tiempo; que en vuestras relaciones todo se suceda como en la misma realidad; y si no habéis pensado más que en ser sencillamente verdadero habéis sido lo que son las cosas en sí mismas: interesantes, dramáticas, variadas, instructivas; pero no seréis más que ellas mismas, no seréis nada sino por ellas, como ellas, tanto como ellas. Y no tengáis inquietud por el asunto, sea el que fuere; no temáis las dificultades y la